



PROLOGO

En el año de 1917 publiqué la primera versión de la Vida de Morelos, editada por mi compañero de trabajos en el Museo Nacional de Historia, don Ignacio B. del Castillo. El ensayo tuvo buena acogida, principalmente por la documentación que pude usar, gracias al auxilio de don Genaro García, Director del mismo museo cuando inicié en esa institución mis estudios de historia, en calidad de ayudante del bibliotecario. En el año de 1921 se hizo una segunda edición por la casa Editorial Botas, que también se agotó rápidamente, y el aporte de nuevas fuentes documentales me permitió aumentar el libro para la edición española de Espasa Calpe en 1934, que con pequeñas modificaciones fue publicado en la Colección Austral en tres ediciones sucesivas.

Un comentario de mi amigo José Mancisidor me hizo pensar en la necesidad de revisar y completar mi ensayo histórico, pero ello exigía tiempo y trabajos de investigación y hasta ahora me es posible intentar la tarea. Pero debo declarar desde luego que al presentar esta nueva obra me siento tan lejos de una versión definitiva como en el primer trabajo de 1917, porque en la historia, lo mismo que en todas las esferas del conocimiento, mientras más se avanza se vislumbra más espacio inexplorado y los límites parecen a cada paso más remotos. Una biografía no puede entenderse claramente sin conocer el ambiente del hombre y las influencias que lo moldearon, y una sola vida humana es tan complicada, profunda y misteriosa que apenas es posible descubrir algunos aspectos y expresar un leve trasunto.

Al estudiar nuevamente los documentos y las interpretaciones que se refieren a la vida de Morelos, he comprendido que es necesario continuar todavía la investigación, depuración y exégesis de los datos fundamentales. Los archivos y los papeles sueltos no han sido agotados

aún y en algunos casos se ha omitido la tarea de dilucidar la autenticidad de algunos hechos y escritos hasta ahora generalmente admitidos. Hace también mucha falta adelantar los estudios biográficos de los hombres que estuvieron más cerca de Morelos y tuvieron gran influencia en su carrera militar, como Matamoros, los Galeana, los Bravo y Trujano, o en las funciones políticas como Rayón, Cos, Liceaga, Bustamante, Rosáinz y otros que participaron en la actividad ideológica de aquella época. Y de sus enemigos mayores como Calleja, Iturbide y los demás jefes realistas que fueron los factores determinantes de sus triunfos y sus derrotas.

Es necesario también ahondar más en el estudio de la revolución de Independencia, que se ha visto principalmente en su aspecto militar, político y anecdótico, para descubrir sus raíces sociales y económicas, sus complicaciones internacionales y su afinidad con los movimientos similares de la emancipación hispanoamericana. De todas estas tareas que deberán realizar nuestros historiadores de la nueva generación, he intentado seguir la primera de las mencionadas y aún espero continuarla, mientras vea algo de "sol en las bardas". Pero he creído que desde luego podría llevar a cabo un estudio biográfico más amplio y detallado que los anteriores, para dar a conocer mejor la personalidad de uno de los grandes fundadores de la república.

No he querido presentar en esta nueva versión un trabajo recargado de notas y referencias, sino solamente las muy indispensables, que por su importancia requieren ser incluídas en el texto. Los documentos que se aprovechan han sido ya publicados en forma de libros, en colecciones o en obras que se mencionan en cada caso y no exigen anotaciones especiales porque son de fácil acceso. He conservado el esquema de las ediciones anteriores, porque los datos fundamentales, el método de interpretación y la dirección ideológica no han cambiado. He procurado examinar nuevamente las fuentes de información, documentos y relatos de primera mano y comentarios de relieve, para hacer una selección y comentar a mi vez con un criterio uniforme y definido. He querido dar en muchos casos los documentos en toda su extensión y literalmente, porque de esta manera se puede apreciar mejor el significado de los hechos y se conocen hasta en los detalles idiomáticos los aspectos característicos de una personalidad y su época.

*

Con algunos datos hasta ahora inéditos o poco conocidos, he revisado y modificado gran parte de mi obra anterior y he agregado mu-

chas páginas y capítulos enteros, rectificando a veces informes y opiniones de capital importancia y corrigiendo errores y omisiones. Debo mencionar especialmente los fragmentos de las Memorias de Pedro Ellis Bean, los nuevos documentos recogidos por don Enrique Arreguín Sr., publicados en la serie de "El Pensamiento Liberal Mexicano" y la biografía escrita por don Ezequiel A. Chávez que presenta buena cantidad de documentos, pero a mi juicio sufre por una confusión contradictoria de ideas y exagera la religiosidad de Morelos con intención de política militante y actual, o cuando menos del pasado muy reciente.

Otras referencias de autores consultados y explicaciones preliminares, deben ser reiteradas aquí por su importancia.

Las principales fuentes documentales sobre Morelos se encuentran en la Colección de Hernández y Dávalos; en los volúmenes publicados por don Genaro García en su serie de "Documentos Inéditos o Muy Raros de la Historia de México", y por el Museo Nacional de Historia bajo la dirección de don Felipe Teixidor; los que ha dado a conocer don Enrique Arreguín Sr. y los que se encuentran en el texto o en apéndices en las obras de don Lucas Alamán, don Carlos María de Bustamante y el ingeniero don José I. Benítez.

También han publicado documentos importantes en sus obras don Luis Chávez Orozco, en "El Sitio de Cuautla"; el general Rafael Aguirre Colorado y los coroneles Rubén García y Pelagio A. Rodríguez en las "Campañas de Morelos sobre Acapulco"; los dos últimos nombrados y el general Amado Aguirre en "El Ataque y Sitio de Cuautla".

Para información histórica, deben citarse en primera línea a Bustamante y Alamán, que representan en este caso los dos extremos de la ideología política mexicana. En el prólogo de La vida azarosa y romántica de don Carlos María de Bustamante por don Victoriano Salado Alvarez, emitió don Carlos Pereyra esta opinión: "Si en algo pudo distinguirse, fue por su grotesca vulgaridad, por su chabacanería de palabra y por su sentimentalismo risible. Pero precisamente a causa de esto y de la gárrula fecundidad con que se producía, Bustamante dejó un almáximo de verdades que estaban pidiendo atención." Además, como lo reconoció Alamán, Bustamante tuvo en muchos casos el carácter de testigo presencial o confidente directo, por lo que resulta en tales ocasiones insustituible.

En cambio, el mismo Alamán escribió con un estilo claro, limpio, castizo y académico, pero dejó que sus pasiones políticas dominaran a su inteligencia, y es tanto y más que Bustamante un escritor parcial.

Bustamante asistió a la revolución de Independencia como periodista de oposición, candidato a regidor por el partido americano, incorporado a los insurgentes con Osorno en Zacatlán, con Morelos en Oaxaca y después con el Congreso y con Rayón, mientras que Alamán fue testigo de la misma conflagración política en su calidad de propietario perjudicado por la guerra, adicto a la causa de España, representante de los intereses de los herederos de Cortés y sin afecto para los mestizos y los indígenas.

Las obras de Bustamante y Alamán son indispensables para conocer la historia de la Independencia y en particular para la biografía de Morelos, pero es preciso leerlas con reservas por las circunstancias antes indicadas; y aunque generalmente se concede más atención al escritor de más clara y correcta prosa, un examen más detenido tal vez haga que se tenga menos desconfianza en Bustamante y menos confianza en Alamán.

De todos modos, los documentos más preciosos y las narraciones más seguras por lo que se refiere a Morelos, son sus propias letras, sus cartas y sus proclamas, y sobre todo, sus confesiones en el proceso militar y eclesiástico. Dice a este respecto Alamán: "En la relación de los sucesos del hombre más notable que hubo entre los insurgentes, seguiré casi literalmente, la que él mismo formó, en las declaraciones que por vía de información se le tomaron en su causa. No trató en ellas Morelos de desfigurar los sucesos ni de disculpar o disminuir la parte que en ellos tuvo; los refirió con buen orden, claridad y verdad, por lo que su historia no puede escribirse con más exactitud que tomándola de él mismo; él, al ministrar así los mejores materiales para formarla, no tenía ya interés ni motivo alguno que pudiese inducirle a alterar la verdad; con sólo la eternidad ante sus ojos, contó fielmente todo cuanto aconteció, desde que tomó parte en la revolución hasta que fue aprehendido, sin jactancia al hablar de las ventajas que obtuvo, y sin bajeza ni humillación cuando trata de los reveses que experimentó. Califica a los hombres con imparcialidad y expone sus miras con admirable penetración."

*

Además de la información documental, he procurado en algunos lances dar lugar a relaciones tradicionales y a narraciones que tocan los linderos de la ficción, siempre que no se alejen demasiado de la verdad histórica. A pesar de la orientación ideológica liberal y la sim-

patía para el héroe y su causa, no he tratado de ocultar las deficiencias y las debilidades humanas. Creo que de este modo Morelos, el hombre, tal vez no aparezca tan perfecto y admirable como lo quisiera el sentimiento popular, pero el héroe y el representativo no sufre depreciación. No solamente por su fama de guerrero, sino más aún, por el movimiento social y político que pudo encarnar y simbolizar y porque la magnitud de sus cualidades supera con mucho la de sus errores.

*

La revolución de Independencia ya no se juzga como una simple conmoción política o un choque sangriento de razas, castas, clases y partidos, sino como manifestación de una corriente vital y profunda, ligada con el impulso de perpetua renovación que cambia la estructura de las sociedades.

El desgarramiento de México al separarse de España repugnó a los que veían en la Nueva España una provincia sin derecho a nacionalidad propia, desconociendo la personalidad étnica y social de la raza indígena, de los mestizos y de los criollos arraigados a la tierra, y olvidando además las causas que redujeron el poderío del imperio español y al quitarle el dominio del mar lo cortaron de sus posesiones americanas.

Se ha dicho que la emancipación de los pueblos hispanoamericanos fue dirigida por la clase latifundista criolla, que quiso libertarse del yugo económico y político de España. Esto sólo es verdad en parte, por lo que se refiere a México, juzgando a la revolución de independencia realizada y consumada por el movimiento que encabezó Iturbide. Es más exacto expresar que la revolución de independencia, en la América española y en México, refleja el impulso revolucionario mundial, con retrasos, deformaciones y obstáculos debidos a la distancia, la incomunicación colonial y las condiciones especiales de nuestro ambiente geográfico y cultural.

Desde el principio del siglo XVIII el poder económico en Europa estaba pasando al estado llano formado por burgueses y ciudadanos, mientras que la nobleza retenía el poder político. Este desequilibrio se manifestó violentamente en la Revolución Francesa y la crisis se extendió a España lo mismo que a sus dominios en América.

La revolución de Independencia en la Nueva España fue iniciada por criollos, principalmente de condición inferior, clérigos de modesta jerarquía y campesinos o pequeños propietarios, apoyados por las

masas proletarias del campo, de las minas y de las ciudades. Pero esta fuerza estaba desorganizada y sin recursos propios, aislada en grupos dispersos y cortada de la comunicación mundial y fue vencida en su primera etapa por la fuerza de inercia y la organización todavía relativamente sólida del régimen colonial.

La lucha comenzó por una querrela civil de las provincias o colonias contra el gobierno español, pero se complicó por la presión extranjera que atacaba la potencia del imperio hispánico y la resistencia consiguiente y se desarrolló en un conflicto de clases por la creación de una nueva estructura económica, social y política.

Pero la guerra civil no se entabló entre dos enemigos bien definidos, ni alguno de los contendientes fue bastante poderoso para resolver la contienda en forma rápida. Fue una pelea de grupos dispersos y un combate entre dos debilidades: la metrópoli en crisis y en vía de postración y decadencia y la colonia desorganizada, sin suficientes medios para establecer su propia estructura nacional.

La presión exterior no fue franca y declarada, sino por medio de maniobras de Inglaterra o los Estados Unidos del Norte para favorecer la independencia y abrirse nuevas zonas de explotación, por medio de la piratería, el filibusterismo, el tráfico de armas y las combinaciones más o menos diplomáticas. Y por último, la lucha por la formación de una nueva estructura económica con un nuevo sistema político y social, tuvo que desarrollarse en medio de las contradicciones y las complicaciones provocadas por esas influencias y además por los problemas internos de población, geografía y biología y la introducción desordenada de las nuevas formas de técnica industrial y comercial.

Por todo ello los primeros impulsos y los primeros caudillos, Hidalgo y Morelos terminaron con un fracaso trágico. Pero la semilla que ellos sembraron no había caído en tierra estéril.

Es claro que los insurgentes, ni siquiera los que formaban el Estado Mayor intelectual, y mucho menos los que fueron principalmente intuitivos como Morelos, no podían formular sus programas y dar expresión a sus impulsos en términos de economía política o ciencia social, y bien ha explicado Mariano Picón-Salas en su biografía de Miranda, que los criollos de aquella época eran economistas liberales por intuición o empirismo. En contradicción directa con los gobernantes que cuidaban los intereses de la casta peninsular privilegiada, con su maquinaria burocrática, eclesiástica, comercial y militar, los criollos

de la clase media y baja, guiados por sus intelectuales tan ricos de aspiración como pobres de recursos materiales, querían comerciar libremente con las naciones extranjeras, evadir la tributación española, conseguir más fácilmente los productos y los instrumentos de trabajo de la industria inglesa, y para todo esto, conquistar el poder público y sus beneficios anexos, revistiendo sus reivindicaciones con las fórmulas mágicas alumbradas por la revolución en Inglaterra, en los Estados Unidos y en Francia.

En México, el primer período de la guerra de independencia tuvo como características el ímpetu desordenado, la confusión de un alzamiento prematuro y la violencia inicial de motines populares, encuentros de clases y de razas. La presencia de Morelos comenzó a encauzar el torbellino. Por su empeño, los planes políticos se hicieron más definidos y más amplios; las operaciones militares se desarrollaron con más precisión y disciplina y la destrucción de vidas y riquezas, que no podía ser directamente provechosa, ni mucho menos cristiana y piadosa, se hizo cuando menos relativamente ordenada y justificable como represalia y defensa.

Si la herencia moral que Hidalgo dejó a Morelos fue de valor inestimable, en realidad el caudillo del sur tuvo que sufrir también la desilusión del primer fracaso y solamente una ayuda escasa de las guerrillas dispersas en el país. Morelos comenzó la lucha sin armas, sin soldados, sin oficiales y sin preparación técnica; supo crear ejércitos y formar jefes; demostró dotes de gran político y administrador, valor personal sin límites, honradez, tenacidad y patriotismo; y con genial inspiración, puso las bases de la nacionalidad y de las instituciones democráticas.

Es tan difícil encontrar otra figura heroica de su calidad, que podría con justicia ser llamado el primero y más alto de los mexicanos.

Esta apreciación fue refutada indirectamente por el distinguido historiador don Luis Castillo Ledón, en el prólogo de la colección de documentos relativos a Morelos publicados por la Secretaría de Educación Pública y en un capítulo de su obra monumental dedicada a Hidalgo. Sus palabras fueron las siguientes: "Hidalgo fue el primero en todo . . . En el breve tiempo de seis meses hizo un recorrido a través del país de oriente a poniente y de sur a norte trazando una gran cruz de enorme extensión, que ninguno de sus sucesores en la lucha volvería a hacer. (Morelos dispondría para sus campañas de largos cinco años, operando solamente en seis provincias.) Libró las más

grandes batallas; todo lo inició, todo lo previó. Iniciar es el mérito; secundar, cualquiera secunda. Por eso es el primero y más grande de nuestros héroes. Morelos, a pesar de su genio, de su indómito valor, de sus facultades múltiples (guerrero, estadista, legislador, etc.) es respecto de Hidalgo una figura de segundo orden, si bien atrayente y seductora. Por eso el Libertador, que de antemano lo conocía, se fijó en él y lo nombró para que fuera a revolucionar al sur... Hidalgo fue el precursor del socialismo en México... Al morir, continuaron la magna obra Rayón en el norte y Morelos en el sur. La revolución tenía que formar de nuevo su hombre y lo hizo en la persona de Morelos, alma compleja de indio, de ibero, de negro y de romano."

Alguna vez tuve el honor de cambiar impresiones verbales sobre este tema con mi respetado amigo Castillo Ledón, y llegamos a la conclusión de que semejante problema estimativo no puede ofrecer una solución exacta, porque la magnitud del heroísmo, como la del genio y de la belleza no es materia rigurosamente ponderable, y que en estos casos las comparaciones, cuando no son odiosas son dudosas. Sin embargo, debo reconocer que la tradición histórica y el sentimiento popular colocan en el primer sitio a Hidalgo, no solamente por la ventaja cronológica, ni por desconocimiento de la mayor capacidad militar de Morelos, sino por justificada veneración para la personalidad del que fuera maestro y guaiador, de mayor sabiduría y autoridad y sublimado por su consciente sacrificio.

Se ha hecho también el paralelo de Bolívar y Morelos. Pero también en esta ocasión, reconociendo la supremacía continental de la gloria y la leyenda del libertador venezolano, es preciso señalar, al margen de las evidentes afinidades, la diferencia fundamental. Bolívar es el héroe criollo por excelencia. Morelos es también un criollo, pero no representa el aspecto original y clásico del criollismo. Bolívar fue el representante de la casta en su más directa filiación española, con todos los atractivos, las seducciones y las aspiraciones de la incipiente aristocracia americana. Morelos estuvo más cerca de las razas de color, fue más bien de origen campesino y proletario, pegado a la tierra india. Para él no existieron los aletazos del delirio napoleónico, ni la figuración apasionante y romántica que recuerdan a Don Quijote y a Don Juan; fue un hombre de pueblo, cura de pueblo, con memorias de arriería y de pastoreo de almas primitivas. Sus manos parecen rudas y fuertes, fortalecidas en tareas de domar reses o trabajar casi como albañil en la fábrica de su parroquia indigente. O tallar a golpes heroicos la primera piedra de una nueva patria.